

TESTIMONIOS

Cómo se ha ido tejiendo mi historia

Gabriel Salom

Gabriel Salom es ante todo un educador, alguien que ha creído siempre en la educación, que ha dedicado su vida a ella y que se ha entregado al otro. Fue co-fundador del Centro de Estudios para el Desarrollo Rural y es actualmente coordinador de la zona 016 de las telesecundarias en la Sierra de Puebla. Como coordinador en esta zona, ha puesto en operación desde hace más de quince años un modelo alternativo e innovador que ha recibido el nombre de “telesecundarias vinculadas con la comunidad”, una apuesta educativa que busca brindar una educación solidaria con la problemática de los jóvenes y que busca articular el aprendizaje con la construcción de comunidad en contextos rurales de pobreza y exclusión social.

Ha sido Gabriel un luchador incansable, un terco esperanzado –usando sus palabras– que ha vivido en constante concebir y poner en práctica nuevas formas de hacer educación, siempre en la idea de que la escuela puede ser un vehículo de igualdad. Sus ideas y proyectos siempre han estado vinculados con los que menos tienen; su ideario educativo ha sido una permanente apuesta a una educación para el cambio y la emancipación.

Por todo ello, nos resulta muy grato haber incluido su testimonio de vida en este número dedicado a la educación y el trabajo, un ámbito que dentro de su proyecto educativo representa el vínculo con la vida y con la posibilidad de transformarla. Sus palabras dan cuenta de la historia de un hombre que ha buscado un ideal desde joven y que ha tenido la fortuna de ver cristalizadas en la realidad muchas de las que han sido sus grandes propuestas educativas.

Para mí Gabriel ha sido siempre un hombre privilegiado, un hombre que ha hecho de su vida lo que más ha querido, que ha sido fiel a sus ideales, a sus más íntimas creencias y anhelos y los ha llevado a la práctica, con una congruencia que es ya un privilegio de vida.

Enrique Pieck

ESCRIBIR SOBRE mi trayectoria es remontarme a mis años de adolescencia, cuando decidí ser lasallista sin saber bien a bien en que me metía, que era lo mismo que ser maestro; tenía una ligera idea, quería ser como mis maestros del Simón Bolívar. Fueron cinco años de estudios y cuando iba a la mitad me fui a Cuba a terminar de estudiar y trabajar en las escuelas lasallistas cubanas. Fueron los años de la Revolución, la viví muy de cerca en los

cinco años que duró mi estancia en la isla.

Mis primeras experiencias en el aula fueron de búsqueda de lo que pudiera ser de interés para los alumnos, de novedad, de sorpresa. Recuerdo que mis compañeros de escuela decían que mi aula era “la China Popular”: había ruido, movimiento, discusiones, jaleo. No sé qué tanto aprendían, pero la gozaban.

Mis experiencias fueron muy diversas: Benavente de Puebla, Tapachula, Tehuacán, Puebla otra vez y Córdoba. Estando en Tehuacán como director me acerqué al mundo indígena, en la Sierra Negra: Santa María del Monte y Tepetzintla. Me invitó la Madre Herminia, que trabajaba en la Sierra, para que la apoyara en su trabajo. Esa fue una oportunidad para conocer la parte de México ignorada por mí: oír otra lengua sin entenderla, conocer otras costumbres, ver de cerca la pobreza fue de gran impacto, creo que fue el origen de mi interés por el medio indígena y campesino.

Estando en Córdoba coordiné el bachillerato, que estaba incorporado a los Colegios de Ciencias y Humanidades de la UNAM, y para completar la formación de los alumnos organizamos estancias de 15 días en Tepetzintla, en grupos de ocho; una experiencia formativa muy enriquecedora para los y las jóvenes, pero al ver la transformación de los alumnos los padres de familia comenzaron a inquietarse, temían que fuera Tepetzintla un centro de formación de guerrilleros. Hicieron gestiones ante las autoridades lasallistas para que yo no trabajara más en el Colegio González Peña, de Córdoba, y fue el empujón para dedicarme desde entonces a trabajar en comunidades rurales e indígenas. Dejé el colegio de Córdoba y me fui de “guerrillero” a Ayahualulco, en las faldas del Pico de Orizaba. Me acompañaron tres estudiantes del colegio y con ellos establecimos un centro de trabajo en la comunidad. Por las noches alfabetizábamos a los adultos, adaptando el método de Paulo Freire, y durante el día tratábamos de vivir la misma vida de los campesinos: sembrar papa, introducir las hortalizas, los conejos y fabricación de mermeladas con las ciruelas que se dan abundantemente en la región. Con apoyo de amigos de Puebla y Córdoba construimos dos aulas para la primaria, que también utilizamos para trabajar con los adultos en talleres de Español y Matemáticas, de lectura y reflexión.

Los maestros oficiales de la primaria se sintieron amenazados y nos acusaron de subversivos. Alguien reportó que un grupo de personas trabajaba como “promotores”, pero como no estaba muy claro de qué éramos promotores, ni siquiera para nosotros, el caso es que un día por la mañana apareció el Ejército; nos dijeron que estaban haciendo prácticas militares, una especie de simulacro, eso nos lo explicó un capitán: “Nosotros somos una cuadrilla que simula ser guerrilleros, tenemos que escondernos; atrás viene una cuadrilla que nos persigue y si nos encuentran antes de la hora fijada, nos arrestan”. Decía esto mientras miraba con atención el cuarto donde vivíamos. Se acercó al estante de libros y veía los títulos, entre otros teníamos: *El diario del Che en Bolivia*, pero también estaba la *Biblia*. Después nos preguntó:

—Si quisiéramos escondernos para que no nos encuentren, ¿dónde nos recomiendan?

—No sé, no tenemos experiencia en esto.

—Bueno y ustedes ¿qué hacen acá?, ¿cuánto tiempo tienen?, ¿quién los financia?, ¿cada

cuándo bajan?, ¿sube alguien a visitarlos?, ¿vienen algunos otros grupos acá?

Fue un verdadero interrogatorio. Siempre contestamos con la verdad, no teníamos conciencia de estar haciendo algo ilegal. Les ofrecimos agua, descanso. No se veía muy urgido de esconderse. En eso estábamos cuando salió de la casa, se comunicó por radio y nos informó:

—Nos informan que acaba de terminar el ejercicio.

Se reunieron todos en el centro del pueblo. Eran como 30 soldados. Hicieron algunas maniobras y me mandó llamar el oficial que venía al mando.

—Maestro, sería bueno que bajara a Orizaba, donde está nuestra comandancia, para hablar con el general y explicarle lo que hacen.

—No creo que sea necesario, la gente nos conoce y no estamos haciendo nada malo.

—De todos modos creo que debería bajar para hablar con el general.

—Bueno, lo tomaré en cuenta y algún día que vaya a Orizaba lo visitaré.

—No maestro, creo que debe ser ahora.

—Ya es tarde, mejor otro día, hoy no quiero bajar.

—Es que si no baja, lo bajamos.

—Bueno, así por las buenas, ni hablar.

Y bajamos Sergio Cházaro y yo escoltados por los soldados. La gente se asustó y preguntó a dónde nos llevaban, que si quería podían acompañarnos. Yo les dije que no se preocuparan, que solamente querían hablar con nosotros.

En realidad el que habló fue el general. Describió nuestras acciones con lugares y fechas, desde cuándo habíamos subido, cada cuándo bajábamos, a dónde íbamos, quiénes habían subido, qué talleres dábamos, etc. Fue una advertencia:

—Grupos como el de ustedes hay varios, los tenemos detectados y conocemos sus movimientos. En el de ustedes no hemos detectado, hasta ahora, nada subversivo, pero váyanse con cuidado...

Esto me hizo pensar que el Gobierno tenía a todos los grupos vigilados. El general me mandó llamar para confirmar algunos datos, pero de la mayoría estaba enterado; sólo quería que supiéramos que estábamos vigilados.

Después subieron las autoridades educativas, sindicales y municipales y en asamblea el pueblo explicó lo que hacíamos y nos defendió. Nos quedamos.

A raíz de esto el secretario de Educación de Veracruz también subió. No daba crédito a lo que veía. Me invitó a trabajar en la creación del Centro de Estudios Superiores de Educación Rural en Acezca, municipio de Tantoyuca. Invité a dos amigos maestros lasallistas. Trabajamos duro para construir el comedor, letrinas, palapas como aulas; dormíamos en gallineros y organizábamos comida para 400 personas; animamos el trabajo productivo, sembramos maíz y tabaco. Una experiencia muy rica en aprendizajes sobre

todo por el contacto con jóvenes, hombres y mujeres de origen campesino que querían ser maestros o que era su única opción para seguir estudiando.

Todo iba bien hasta que surgió la desconfianza en el equipo de Lenin; el jefe de la célula consideró peligrosa nuestra presencia y sobre todo nuestra influencia en los alumnos. Yo tenía al grupo de teatro. Recuerdo el impacto cuando presentamos estampas de la revolución. “Teatro de masas” quería Lenin y fue más de lo que se imaginaba, tuvo que reconocerlo. Así que nos pidieron la renuncia. Los alumnos se enteraron y no quisieron dejarnos ir sin discutirlo con las autoridades, no se les había tomado en cuenta, y el modelo de organización sí lo pedía. Tomaron la escuela, una comisión fue a ver al secretario, lo obligaron a venir, hubo asamblea. Como el secretario mantuvo su postura de renunciar-nos, los alumnos exigieron la salida de Lenin y su equipo y así fue.

No podíamos volver a las escuelas lasallistas, queríamos buscar otro proyecto que fuera significativo y estuviera con los pobres. Ya antes nos habían invitado a San Miguel Tzinacapan, municipio de Cuetzalan, y esa fue la oportunidad. Lo pensamos, lo discutimos y nos integramos al equipo que ya trabajaba en ese lugar. Un grupo de “muchachas” coordinadas por Maria Eugenia Sánchez, “Maru”, un sacerdote dominco y después tres religiosas Ursulinas que se integraron.

Seis años viví en Tzinacapan, “fuente de murciélagos”, comunidad indígena nahuatl, con una larga historia de resistencia defendiendo su cultura. Trabajamos en varios frentes integrando comités mixtos, macehuales y coyotes: comité de salud, de desarrollo, educación y evangelización. Yo trabajé en el de educación. Comenzamos con un centro de escuela abierta de adultos, primaria y secundaria, y muy pronto se formó el grupo de teatro para presentar obras que expresaran la cultura y los problemas: *Fuego nuevo*. En esta obra se incluía música, danza y la lengua. Fue exitosa. La presentamos en varios colegios del Distrito Federal, en Chapingo, en la UAM, en Puebla, etc. El grupo estaba integrado por hombres y mujeres.

La comunidad me pidió que encabezara el comité para gestionar la Telesecundaria. Fue fácil conseguir la clave, pero no había maestro y entré de emergente. Eso fue en 1979 y desde entonces trabajo en la educación pública. La Telesecundaria se construyó en Tetzitzilin, “piedra que suena como campana”. La idea era construir una “escuela granja integrada”, con apoyo del Sistema Alimentario Mexicano y del gobierno del estado. El arquitecto Oscar Hagerman diseñó la escuela y Hector Luis Morales, chileno, del Instituto Nacional de Investigación sobre los Recursos Bióticos, asesoró para la integración de la granja, en la que había cinco estanques para peces, gallinas, cerdos, hortalizas, digestor, carpintería, herrería y panadería.

La idea desde un principio fue dar formación para el trabajo. Me había inspirado el *Poema pedagógico* de Makarenko. El teatro también ocupó un lugar importante en el currículo, así como la expresión corporal y la lengua materna. Desde el inicio descarté la televisión al comprobar que mis alumnos poco entendían los programas y las lecciones tenían poca aplicación a las necesidades de los jóvenes y de la comunidad. Alguna resonancia tuvo la escuela que pronto se acercó el director nacional de Telesecundarias, el profesor Vargas Machado. Hicimos buena amistad y le pareció novedoso el modelo que apenas estaba tomando forma; grabó varios programas de televisión que se transmitieron en el programa *Albricias* de Telesecundarias. Llamaba la atención una telesecundaria

que no dependía de los programas de televisión y que le daba importancia en tiempo y en espacio a las “actividades productivas”, que en el sistema se llaman “tecnológicas”. Yo creo que por eso fui invitado a reuniones, congresos y talleres. También me pidió Vargas Machado, cuando estuve en Yahuitlalpan, un taller de 30 días para capacitar a los maestros de varios estados, en lo que hacíamos esta escuela.

Por diversas circunstancias, personales y grupales, decidí dejar Tetzitzilin y me fui a Yahuitlalpan, comunidad indígena de lengua náhuatl perteneciente al municipio de Zautla.

¿Por qué escogí este lugar? Es la pregunta que todos me hacen al ver este paisaje desolado: piedra y tepetate, cerros pelones, barrancas y arenales, donde el Sol te quemaba a diario. Eso sí, hay mucho Sol y el polvo que se mete en todas partes.

—¿Qué hace usted en ese pelagartal? —me preguntó un día el Lic. Antonio Perez Rivero, papá de Lupe y Eugenio—

—Por eso, por lo jodido de estas gentes y porque por esos días yo también estaba jodido y quería probar que una jodidez podía sacar a otra, como eso de los clavos.

Vine un 22 de agosto a ver si se podía abrir una telesecundaria en Contla y si eso no afectaría la de San Andrés Yahuitlalpan que llevaba un año abierta. Hablé con Mariano y Toño, maestros indigenistas de la comunidad de Yahuitlalpan, hoy difuntos a causa del alcohol. “Vienen muchos jóvenes de otras comunidades”, me dijeron, “porque no hay secundarias en la región”. Mejor hay que reforzar ésta, pensé, que abrir una nueva del otro lado del río. Por entonces no conocía la rivalidad entre las dos comunidades, tan cercanas y tan enemigas. De Contla surgió Yahuitlalpan. Por las crecidas del río los que iban a trabajar sus tierras del otro lado no podían regresar en varios días y se fueron quedando, y se fueron enemistando porque ni a sus muertos se les autorizaba enterrar del otro lado y los muertos se fueron quedando con los vivos y los vivos con los muertos.

Recuerdo que cuando llegué a Yahuitlalpan fue un domingo. No había nadie para recibirme, ni un lugar preparado para alojarme. Me sentí mal, y como que tenía ganas de regresarme. Era un sentimiento entre tristeza y reto, entre soledad y fuerza, miedo y ganas de empezar de nuevo. Después de hablar con algunas personas me dejaron meter mis cosas en un cuarto que usaban los maestros de primaria que atendían el albergue. Sin comer, porque en la Conasupo no había más que galletas. Armamos los catres y a tratar de descansar. Me acompañaba Moisés López.

Trataba de rezar. Algo leí en el libro de salmos que llevaba.

Al día siguiente llegó un chavo de Barrancas: Pascual; fue al primero que conocí. Me preguntó si yo era el nuevo maestro.

El aula estaba aún sin terminar; no tenía puertas ni ventanas. Traje una estufa hecha en Tzinacapan, pero faltaban los tanques de gas, así que traje una cafetera, mi ropa, algunos libros, catres, zarapes y saco de dormir. No sé si era castigo o reto.

Fueron llegando los alumnos poco a poco.

Moi se fue a Tzinacapan para hacer las ventanas y la puerta en el taller de carpintería. Después de clase me fui a Teziutlán a comprar lo indispensable.

Recuerdo que ya que estaba equipada el aula con puerta y ventanas, cajones,

libros, algo de herramienta, la tele y el acumulador, compré unas mesas en San Miguel Tenextatiloyan, otras en La Libertad, y creo que otras en la cárcel de Zacapoaxtla. Con Moi y los chavos y algo de herramienta hicimos otras mesas y bancas con las literas viejas que me regalaron los del albergue. Frente a la aulita había un terreno de tepetate, no había capa vegetal, así que fuimos al bosque, por Tómpico, a traer tierra de monte en costales. Chavas y chavos estaban entusiasmados y generosos. A los padres de familia les llamó la atención verme cargar costales de tierra junto con los alumnos.

Recuerdo el espacio que me dieron en la bodega de la Conasupo para establecerme. Ahí puse mi litera, entre costales de maíz, frijol y azúcar. Por las noches las ratas pasaban sobre la cama. También conseguí una mesa cuadrada y una estufa con horno que me prestaron los del albergue.

Desde los primeros días algunos alumnos me pidieron permiso para calentar sus tortillas y comida; como eran de lejos les habían dado un espacio en el albergue de primaria para quedarse, pero no podían comer allí, así que comenzamos a comer juntos. Hicimos equipos para que me ayudaran mientras aprendían; comenzamos a hacer pan para el consumo de los 13 ó 14 que iniciaron el nuevo albergue de la secundaria.

En Puebla reencontré a Eugenio, un exalumno del Benavente que revivió lo vivido en la prepa, en misiones, en jornadas, en Tapachula, y se comprometió a ayudarme; así surgió la idea de construir un albergue para los alumnos que venían de lejos y de apoyar con la comida a todos.

Poco a poco, con faenas y material conseguido por Eugenio, que se había comprometido a que parte de sus ganancias en el juego las iba destinar al albergue, se fue construyendo.

Al tercer año de estar en Yahuitlalpan llegaron Irma, Benjamín y Ulises. Habíamos hecho nuestro propio programa de estudios y trabajábamos las actividades productivas, pero no nos convencía del todo y un buen día nos decidimos: reunimos a todos los alumnos y organizados por grados les pedimos que discutieran e hicieran una lista de todas las cosas que ellos necesitaban saber para sobrevivir, para resolver sus problemas, para mejorar sus condiciones de vida y las de su familia.

—¿De veras nos vamos a lanzar? —me preguntaba Benjamín.

El listado por grupos fue grande: desde cómo curar enfermedades de los animales, cómo vacunar, cómo controlar plagas, cómo mejorar los suelos, saber castrar, cocinar, medir un terreno irregular, calcular materiales y costos para una casa, prevenir enfermedades, una buena alimentación, producir sus propios alimentos, arreglar aparatos eléctricos, hacer una instalación eléctrica, etc. Coordinados por Benjamín dividimos los aspectos por categorías y se formaron los ejes temáticos y después buscamos los temas de las distintas asignaturas que dieran luz o apoyaran esos aspectos. Desde luego hubo mayor motivación para las actividades productivas y se comenzó a trabajar la alternancia educación-producción y la integración de saberes locales; también hicimos un inventario de los saberes previos de los alumnos. Así se organizaron los grandes temas que había que desarrollar en uno o dos meses. El peso oscilaba entre las ciencias sociales y las ciencias naturales; el Español y Matemáticas, los lenguajes que había que desarrollar

para entender o expresar su realidad.

Cada quince días nos reuníamos todos los maestros para hacer el ajuste del tema, ver el avance y las necesidades de apoyo y la relación entre las diferentes asignaturas. Recuerdo que para Español se pedía el conocimiento del vocabulario referente al tema, o que se buscaran lecturas que tuvieran relación con el aspecto. Para algunos temas era fácil, pues coincidían algunos cuentos o novelas con la problemática que se estaba estudiando: tierras, cultivos, enfermedades, abusos, injusticias, etc. También se pedía al de la materia que se practicara la redacción de cuestionarios, encuestas y diarios de campo. Para Matemáticas los porcentajes, gráficas, cálculos. Así fue naciendo la “Telesecundaria Vinculada a la Comunidad”, como hoy se conoce al modelo.

Vargas Machado, coordinador nacional de Telesecundarias, que conocía el trabajo de Tzinacapan, nos pidió un curso para maestros de Telesecundarias para que conocieran lo que hacíamos y se capacitaran sobre todo para desarrollar las actividades productivas; quería que inyectáramos optimismo y mostráramos una nueva forma de ser maestro. El primer proyecto de taller no le gustó, porque era muy teórico; quería que mostráramos lo que hacíamos tal cual y los organizáramos como están organizados los alumnos: equipos de trabajo, autoasistencia, asamblea. Los alumnos de tercero se convirtieron en los maestros y los maestros en alumnos. Fue todo un verano, 40 maestros en condiciones rústicas. Fue difícil, muchos se adaptaron pero otros no y hubo que despacharlos. El saldo, al final, cuando hicimos la evaluación, fue positivo. Nosotros contábamos con ansiedad los días que faltaban para terminar. Los maestros están muy deformados por el sistema, pero al fin y al cabo lo hicimos. Hoy, a la distancia, nos enteramos de que unos son supervisores, jefes de sector y hasta hay algún jefe de departamento.

El profesor Vargas Machado pidió a la jefa del Departamento de Telesecundarias Estatales que se proyectara el modelo y me dieron la supervisión de micro-regiones y al año siguiente se convirtió en la Zona 016 de telesecundarias estatales, con cinco escuelas: Oxpantla, Tlamanca, Ixtactenango, Acaxiloco y Tateno. Cada año se acercaban autoridades de distintas comunidades para solicitar la creación de una escuela; como siempre era extemporánea la petición, iniciábamos el primer año inscritos en la escuela más cercana y al año siguiente se les conseguía la clave. Ese camino lo siguieron La Unión, Tepexoxuca, Oyamatepec, Tlacuela, Huixolotla y Tecoltemi. Ocotzingo, La Gloria y La Trinidad siguieron otro proceso: en Ocotzingo y La Gloria hubo que pelear con las autoridades locales y federales, pero con apoyo de las comunidades se logró. Todavía está en proceso la de Guadalupe Hidalgo, que es escuela de extensión

En Yahuitlalpan más que equipo éramos una familia. Compartíamos todo: casa, alimentación, diversiones, lecturas. Todavía no había luz eléctrica, así que por las noches leíamos con velas o lámparas de gas. Comíamos con los alumnos, ya que Yahuitlalpan llegó a albergar a más de 90 alumnos de secundaria y prepa. Trabajamos las áreas productiva, académica, artística y de auto asistencia, y los viernes de cada semana había asamblea con todos para evaluar y planear la siguiente semana. Había jefe de guardia, coordinadores de equipos y coordinador de coordinadores. Fue un aprendizaje de vida democrática y toma de decisiones.

Después vimos en equipo que los alumnos de la secundaria salían con pocas armas y pensamos en la prepa. Buscamos la incorporación al Oriente, en el sistema abierto, y

mientras Benjamín hacía gestiones en la Universidad Autónoma de Puebla para incorporarla (cosa que se logró), fueron llegando alumnos no sólo de las comunidades cercanas sino también de Poza Rica, Tlatlauqui, Libres, etc. Nos propusimos formarlos como promotores del desarrollo. Fue un trabajo intenso y gratificante, hubo mucha actividad: actividades productivas, construcción, visitas, proyectos.

En esta época adquirimos Capohlihtic. Don Crisóforo Hernández nos vino a ofrecer el rancho. Yo lo había visto de lejos y se me hacía agua la boca, así que cuando fuimos a ver la propiedad firmamos una minuta de compra-venta y nos pusimos a buscar dinero para el plazo de un mes que nos habíamos puesto. Irma y Benja se asustaron, pero me creyeron y se reunieron los 16 millones para comprar Capohlihtic y cinco más para adquirir la Cañada. Los sueños se iban haciendo concretos. Aprovechamos el espacio para tener reuniones, faenas, sesiones de videos, pues acá sí había electricidad y en Yahuitlalpan todavía no. Al terminar el curso, durante las vacaciones, el equipo de carpinteros, Mario y Gabriel Moreno principalmente, construyeron literas y acondicionamos el espacio para recibir allí a la prepa. Una parte del equipo se quedó en San Andrés. Aquí se montaron talleres de herrería, carpintería y panadería; se establecieron hortalizas, invernaderos tipo chileno, se construyeron corrales para cabras, cerdos, gallinas y conejos. Se establecieron también los equipos de trabajo: las asignaturas estaban integradas a proyectos, todos los viernes teníamos la plenaria para evaluar el trabajo de equipos, la presidía el alumno coordinador y el jefe de guardia elegido por semana.

Cuando estaba por terminar la primera generación, Benjamín planteó: ¿por qué no una licenciatura en el campo, para campesinos? Otro proyecto audaz. Benjamín diseñó los planes y programas y nosotros opinábamos y sugeríamos, buscando a dónde incorporar: la Universidad Iberoamericana, la La Salle, y por fin decidimos ser autónomos y nos propusimos tramitar el RVO de parte de la SEP para la licenciatura del Centro de Estudios para el Desarrollo Rural (CESDER): “Planeación del desarrollo rural”.

Telesecundarias, prepa y licenciatura.

Éste ha sido el recorrido que ha desembocado para mí en lo que son hoy las Telesecundarias Vinculadas a la Comunidad. El proyecto ha ido creciendo y ahora son 13 escuelas en los municipios de Zautla, Ixtacamaxtitlán y Cuyoaco. Los maestros se han apropiado del modelo. Ha sido largo el camino, muchas personas han contribuido con talleres, cursos y proyectos a la capacitación de los maestros.

Si al principio no vi claro a qué le entraba, cada día me he ido convenciendo de que una de las grandes tareas para cambiar las cosas, para hacer un mundo mejor es la educación. Me considero privilegiado de haber seguido este camino; cada día, cada experiencia es como una confirmación de que éste es el camino: una educación de calidad que sea capaz de formar sujetos, de hacer crecer, de mejorar las condiciones de las comunidades.

Mirando hacia atrás el camino recorrido, descubro que todo tiene un por qué, aunque al principio no lo veía como ahora. Las experiencias primeras, el contacto con las culturas, con la pobreza, el intento de que descubrieran el otro México los alumnos de las escuelas particulares en las que trabajé. Tepetzitintla, Ayualulco, Tantoyuca, Tzinacpan, Yahuitlalpan, Zautla y hoy Tepexoxuca son etapas, experiencias; son como el mapa del camino recorrido en que cada posta tiene algo que ha aportado al proyecto.

Si algo puede cambiar el rumbo de las cosas, es la educación.

La consigna es hacer de la escuela el lugar donde las manos tocan, crean, producen y gozan

Donde se descubre y se debate

La escuela de la mano levantada para preguntar, refutar o proponer

La escuela de la novedad, del descubrimiento y del asombro

La de la apropiación de la palabra

La escuela del disfrute de enseñar y el goce de aprender

De la solidaridad y del respeto

La escuela donde se trabaja en equipo

La escuela donde las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres

La escuela donde se ama a la tierra y se la cuida

La escuela que respeta, valora y promueve las culturas originarias

La escuela de la corporalidad, de la interioridad, de la conciencia, de la comunidad

La escuela donde se ama la vida y se acrecienta

La escuela formadora de sujetos

Ésta es la escuela que queremos, la escuela que hay que construir.

Esta escuela se construye con sueños, con ganas, con esfuerzo

Ésta es la escuela que le puede dar sentido a nuestra vida.

Esta escuela sólo puede ser construida por maestras y maestros que no han perdido la esperanza porque la esperanza es la afirmación de que el mundo está sin concluir, que sigue haciéndose, que está abierto, es: “la certeza como individuo o como colectivo de que hay una posibilidad objetivamente real en él, y que no se halla simplemente determinado por la necesidad ni sometido a ningún determinismo mecánico” (Ernst Bloch).

**“La vida es peligrosa
no por los hombres que hacen
el mal, sino por los que se
sientan a ver lo que pasa”**

Albert Einstein,
físico alemán, nacionalizado suizo
y después norteamericano, 1879-1955.